

Resenha bibliográfica*

Book review

ROUGIER, Marcelo. *El enigma del desarrollo argentino: biografía de Aldo Ferrer*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2022, 646 p.

Leandro Sowter**

A hombros de gigantes. Esta es la sensación que queda luego de leer esta biografía sobre uno de los pensadores más importantes de la economía argentina: Aldo Ferrer. Marcelo Rougier profundiza en la vida y obra de esta figura que por derecho propio realizó un aporte importante a la historia del pensamiento latinoamericano sobre el campo del desarrollo económico. El libro resulta una entrada amena sobre un economista que tuvo una prolífica producción intelectual, compleja, abarcadora y vasta. A su vez, esta biografía resulta ser una ventana que ilustra sobre toda una época, pero que también abre otras ventanas que resultan útiles para comprender el proceso histórico en el que se despliega la vida del personaje. Y quizá sea éste uno de los aspectos más enriquecedores del libro: el adentrarse en lo más hondo de la experiencia individual y desde allí contar los detalles más finos de la vida contemporánea argentina en sus distintas facetas: la vida universitaria, la política, el Estado y su intervención económica, la historia de la economía, las ideas y las políticas económicas y los conflictos entre sectores y clases sociales que pugnan por imponer sus intereses y proyectos, entre otros aspectos.

Sobre la base de una monumental recopilación de fuentes personales, toda su producción escrita, incluyendo libros, artículos, notas periodísticas, testimonios a los medios e incluso la radio, así como documentos no publicados, y sobre la base de largas entrevistas con el propio Ferrer, este reconocido historiador económico recorre la trayectoria de un intelectual

* Submissão: 15/01/2023 | Aprovação: 23/02/2023 | DOI: 10.29182/hehe.v26i1.912

** Centro de Estudios de Historia Económica Argentina y Latinoamericana (CEHEAL) – Facultad de Ciencias Económicas – Universidad de Buenos Aires | ORCID: 0000-0002-9305-5056 | E-mail: leandro.sowter@yahoo.com.ar



comprometido y obsesionado con el estudio de la problemática del desarrollo argentino y latinoamericano. Si hay un hilo que vertebra la vida y obra de este multifacético y fascinante personaje es su pasión por comprender la realidad contemporánea y utilizar dicho conocimiento para transformarla. Es que Ferrer no sólo fue un académico y prolífico escritor, sino también un hombre de acción que ocupó importantes cargos en organismos internacionales y en las primeras líneas de decisión económica, ya sea en la Provincia de Buenos Aires o en la Nación. El trabajo profundiza exhaustivamente en toda su producción académica y lo relaciona al complejo trasfondo económico, social y político que el autor reconstruye con lujo de detalles y que sumergen al lector en el seno de los debates, en el sentido común de la época y en la cocina donde se formuló y ejecutó la política económica.

Sin dudas, el foco en la experiencia individual, el estudio del “caso”, aporta una riqueza y una serie de detalles que de otra manera quedarían ocultos o subsumidos bajo los relatos más abarcativos y generales de la historia económica, la evolución de las estructuras o la cronología de la política económica. En este sentido, la historia personal, y aún familiar, de este nieto de españoles arribados a la Argentina a fines del siglo XIX, permite reconstruir con suma sensibilidad los cambios en la sociedad, la economía y la política, sus problemas y disyuntivas, así como los humores sociales, los debates económicos, y las alternativas de la política económica.

Pero la historia de Aldo Ferrer es también la historia de una generación, caracterizada por un gran optimismo y una confianza en la capacidad transformadora de la acción que, visto desde los ojos actuales, resulta francamente envidiable e inspiradora. Rougier teje esta trama que une la biografía de este intelectual, esposo, padre, compañero y bailarín de tango, con las luchas políticas y los avatares económicos de Argentina y América Latina desde mediados del siglo XX y hasta la primera década y media del siglo XXI. En efecto, a lo largo de cada una de las etapas de la vida del personaje se van sucediendo las imágenes de la propia historia local y regional. A pesar de la trayectoria declinante de la economía argentina, sorprende la tenacidad y el optimismo con la que Ferrer vislumbró oportunidades y alternativas aún frente a las coyunturas más críticas de su historia; desde la última y más sangrienta dictadura militar, en la cual desapareció su propia hermana, a la crisis hiperinflacionaria de fines de la década de 1980 y el estallido social y económico del 2001.

Pero, ¿quién fue y qué significado tiene la vida de Aldo Ferrer? Ante todo, fue un pensador comprometido, un economista latinoamericano crítico que reflexionó sobre el país real y que dedicó su vida a impulsar el país deseable. A lo largo de su carrera batalló contra el enfoque “populista” y salió al cruce de las recetas ortodoxas impulsadas por el liberalismo y el Fondo Monetario Internacional. Así, se construyó un nombre reconocido en el plano regional e internacional como uno de los principales economistas heterodoxos que conceptualizó de manera original el desarrollo latinoamericano.

A través de su trayectoria, Rougier muestra la evolución de su propio pensamiento así como de toda una generación de economistas que estudiaron la Argentina y Latinoamérica a partir de los problemas locales, para lo cual adaptaron teorías y desarrollaron conceptos y categorías propias. En este itinerario se muestra que la influencia de Raúl Prebisch, “padre” del desarrollismo industrialista latinoamericano con su “Manifiesto” de 1949, fue determinante. Sobre la base de discutir la teoría neoclásica, adaptar las ideas keynesianas y atender los problemas de la economía local, se fueron perfilando los conceptos básicos que dieron lugar a la génesis del estructuralismo latinoamericano, dentro del cual Ferrer haría un aporte decisivo.

Pero el desarrollo de sus ideas no sucedió en solitario, sino que formó parte de un proceso intersubjetivo y de construcción colectiva en el marco del gran debate latinoamericano, tejido a partir del establecimiento de redes regionales, formales e informales. Su incorporación a la Organización de las Naciones Unidas en 1950, con apenas 23 años, fungió como el espacio institucional desde el que participaría y construiría activamente esas redes, y a la vez sería un paso clave en su propia carrera como técnico y profesional de la economía. En la Sección Latinoamericana de la Oficina de Desarrollo Económico afianzó y consolidó ideas, diagnósticos, alternativas y estrategias sobre el desarrollo latinoamericano, al tiempo que trabó o afianzó relaciones personales con personajes clave en este campo, como Raúl Prebisch, Celso Furtado, Horacio Flores de la Peña, Helio Jaguaribe, Víctor Urquidí, Aníbal Pinto, Osvaldo Sunkel, Andrés Bianchi, e incluso con Michal Kalecki. De hecho, a quien reconoce como sus dos grandes maestros fueron Prebisch y Furtado.

En base a las discusiones con el propio Prebisch, a quien ya conocía desde su época de estudiante en la Universidad de Buenos Aires, publicó su primer trabajo sobre los ciclos económicos y cómo estos afectan de forma

diferenciada al centro y a la periferia. Sobre esas bases discutió con la hegemonía teórica de los países centrales. Su línea de razonamiento, lo llevó a un enfoque histórico estructural que implicaba considerar el momento histórico en el que los países comenzaban el desarrollo y las características del centro cíclico que lo promovía y lo influía. Por lo tanto, era imprescindible el estudio del proceso histórico del desarrollo económico y de sus estructuras, para luego generar desde allí las necesarias adaptaciones a las nuevas condiciones. Así quedaron configurados los temas que marcaron su agenda, y su obsesión, por el resto de su vida: las estructuras económicas y sociales, el papel (necesario) del Estado para transformarlas, la industrialización, el problema de la productividad y la tecnología.

Pero ese debate, así como la evolución de sus propias ideas, a su vez se fue edificando sobre la base de su experiencia en los altos cargos ejecutivos que ocupó. En efecto, su paso por el Ministerio de Economía de la provincia de Buenos Aires le mostró que sus proyectos de reformas estructurales —en particular la reforma impositiva que afectaba a los sectores terratenientes— orientados a romper los cuellos de botella por los que pasaba la industrialización en aquel entonces, encontrarían escollos en el plano de los actores: los conspicuos representantes de la elite económica local, como la Sociedad Rural Argentina y la Unión Industrial Argentina, que lograron torcer parte de este proceso de reformas.

De forma paralela, en Argentina avanzaba la constitución del campo académico de los economistas, proceso en el que Ferrer participaría de forma destacada. De hecho fue pionero en la introducción del clima intelectual y de las tesis estructuralistas de las cuales participó en su paso por la ONU. La combinación de su rol como hacedor de políticas, académico y pensador sobre el desarrollo le otorgó una impronta particular a su pensamiento. Sobre ese trasfondo tuvo lugar la publicación de *La economía argentina*, editada por el Fondo de Cultura Económica en 1963, la cual se constituiría en un libro de referencia clave y que fue la obra más vendida de dicha editorial con más de 100 mil ejemplares hasta 2008.

A lo largo de la década de 1960, Ferrer se consolidaría como experto económico y técnico de referencia nacional e internacional. Tras su experiencia ejecutiva, y en el marco de los debates económicos de la época, maduró sus ideas y construyó un modelo alternativo y claro para el desarrollo, que es tanto un marco interpretativo como un programa de acción: el “modelo económico abierto e integrado”. Si el principal escollo al desarrollo era

el cuello de botella en la provisión de divisas, que derivaba en un tipo crecimiento cíclico marcado por reiteradas crisis externas, la alternativa virtuosa consistía en la conformación de una estructura industrial verticalmente integrada pero a la vez abierta, capaz de producir a costos internacionales, de manera de encarar un camino que lleve a la expansión de las exportaciones industriales. En combinación con el aumento de las exportaciones agropecuarias –previa reforma agraria que permitiera resolver el estancamiento productivo del sector– se sentarían las bases para un crecimiento competitivo y sostenido en el largo plazo.

En discusión con las miradas que focalizaban exclusivamente en el consumo y el desarrollo del mercado interno, pero especialmente en crítica a las visiones ortodoxas, más centradas en el estudio de los aspectos monetarios, Ferrer argumentó que sólo la conformación de una estructura agroindustrial integrada y abierta sería la “única estructura posible para una nación moderna en la segunda mitad del siglo XX” (Rougier, 2022, p. 271).

En este modelo, el Estado cumple un rol fundamental, no solo como regulador sino también de manera directa a través de las empresas estatales; aunque siempre dentro de una economía de mercado, por lo cual se vuelve clave la relación público-privada. Otros aspectos relevantes lo constituyen el ahorro interno y el aporte del capital extranjero, los cuales debían ser impulsados por el Estado dentro de un esquema de planificación de las inversiones y en sectores previamente definidos, regulados y, de ser necesario, subsidiados. En el mismo sentido, destaca el rol de las empresas, en especial del capital nacional, que deben ser apoyadas por el Estado a fin de lograr su crecimiento, particularmente la gran empresa con producción a escala y con costos competitivos internacionalmente. El modelo industrial integrado es clave porque, a diferencia de otras alternativas discutidas en la época, como el modelo de industrialización basado en el sector agropecuario, focaliza en la necesidad de impulsar un desarrollo tecnológico propio, el cual entiende que tiene lugar en el seno de la industria pesada-básica, más compleja, la cual constituye el verdadero eje desde el cual se produce la transformación de las estructuras económicas.

Este modelo, implica una agenda de políticas que, en parte, Ferrer mismo trató de impulsar, desde el Ministerio de Obras Públicas, y luego el Ministerio de Economía y Trabajo, bajo el gobierno militar de Levingston en 1970, gestión que marcó el momento nacionalista dentro de este ciclo militar. Tanto el proyecto de infraestructura del puente Zárate Brazo Largo y la

ley del “compre nacional” buscaron tanto apuntalar la acción del Estado para impulsar el desarrollo de forma directa, como fomentar el desarrollo del empresariado nacional y fortalecerlo frente al capital extranjero sobre la base de utilizar el poder de compra del sector público.

Sin duda, las experiencias en cargos ejecutivos constituyeron aspectos fundamentales en la evolución de sus propias ideas. En la década de 1980, y ya durante la dictadura militar de 1976, se volvió un crítico sistemático de las políticas (neo)liberales y de sus consecuencias negativas en términos del desarrollo económico y distribución de ingresos. En adelante, enfatizaría el problema del desarrollo tecnológico, convirtiéndose en un referente de temas de ciencia y tecnología en el espacio latinoamericano. Rougier muestra que desde cada lugar que Ferrer ocupó, en la academia o en los elencos económicos gubernamentales, batalló contra la idea de que los recursos internos no alcanzan y procuró mostrar con fundamento técnico que “la insuficiencia del ahorro nacional no se sustenta” y “en la realidad de los hechos” es posible “vivir con lo nuestro”. Esta última frase, que bien podría convertirse en el lema del pensamiento económico nacionalista latinoamericano, a menudo fue utilizada para caricaturizar la heterodoxia en general y acusarla de impulsar la autarquía, algo que estaba lejos del esquema de Ferrer.

En la década de 1990, se convirtió en un crítico sistemático de la restauración ortodoxa, neoliberal y conservadora cristalizada en el gobierno de Carlos Menem. Pero el clima de ideas y los consensos habían cambiado en una región latinoamericana que ya no se planteaba el problema del desarrollo de manera amplia y que había renunciado a una transformación estructural sobre la base de su industrialización. Alejado de la hechura de políticas, maduró conceptos que habían estado dispersos en su obra y que sintetizó bajo la idea de la “densidad nacional”. Luego de estudiar y analizar procesos de globalización a lo largo de la historia, concluyó que la capacidad de un país para poder dar una respuesta exitosa descansa en cuatro elementos principales: inclusión o cohesión social, liderazgo nacional, estabilidad institucional y visión nacional, entendida esta última como la existencia de un pensamiento propio en defensa de los intereses nacionales (Rougier, 2022, p. 545).

El experimento neoliberal concluyó con el estallido social y económico de diciembre de 2001. Aun en este contexto, que parecía confirmar la definitiva trayectoria declinante de la economía argentina y el fracaso de la promesa de desarrollo, Rougier muestra el inquebrantable optimismo de

Ferrer, quien se preguntaba: “¿Es posible, en un país extranjerizado como el nuestro, hacer políticas de desarrollo y construir poder de decisión nacional? La respuesta es siempre la misma: si, se puede, si consolidamos la democracia y el Estado se coloca por encima de los poderes fácticos y opera como defensor del interés nacional y promotor del desarrollo” (Rougier, 2022, p. 562). Precisamente, se abrió un nuevo ciclo a partir de los gobiernos kirchneristas (2003–2015), los cuales intentarían construir un orden posneoliberal. En esta coyuntura, las ideas de Ferrer volvieron a tener vigencia y una mayor acogida, a punto que fue mencionado como el “padre” del “modelo kirchnerista”. Sin embargo, Rougier precisa que dicho “título” no fue “tanto porque se siguieran o consultaran sus opiniones, sino porque sus ideas [...] convergieron con los fundamentos de las políticas económicas”, particularmente del gobierno de Néstor Kirchner (Rougier, 2022, p. 565).

La biografía de un economista como Aldo Ferrer es enriquecedora y merece ser leída por varias razones. Su vida, su paso por los principales cargos de la gestión económica y su producción académica dan cuenta de la trayectoria de la economía argentina y de los distintos modelos económicos por los que atravesó, desde la sustitución de importaciones al neoliberalismo y finalmente a la posconvertibilidad. El libro resulta especialmente estimulante en tanto que logra tejer la trama entre la biografía del personaje sobre el trasfondo de los debates económicos locales y regionales. Pero a su vez también es la historia de toda una generación obsesionada con la construcción de un pensamiento propio y de categorías adecuadas para interpretar (y transformar) los problemas económicos, y aún sociales, de la región.

Por todas estas múltiples dimensiones, el libro resulta estimulante, no solo como una lectura amena, casi como una novela, sino además por su utilidad en cuanto invita a pensar nuevas hipótesis sobre múltiples cuestiones: la hechura de la política económica, la trayectoria del desarrollo económico argentino y del Estado, la evolución del pensamiento económico latinoamericano, la historia del Estado empresario, el rol y el comportamiento de los actores, la conformación del campo de economistas, la construcción de conocimiento y de redes intelectuales; y la lista sigue y es tan compleja como la vida de una persona sobre el trasfondo estructural que se logra reconstruir con sutileza y solvencia.

Rougier dedicó cinco años a reconstruir la biografía de un economista que resulta imprescindible conocer, quien se tomó el problema de la economía nacional y latinoamericana como una epopeya hacia el desarrollo. Son

historias que, a partir de sus aciertos, errores y aún omisiones, sin duda inspirarán y motivarán a las nuevas generaciones de economistas y profesionales interesados por la temática del desarrollo latinoamericano.